



señalándose algunos de ellos con hazañas tan distinguidas como las de Morelos. Así que vió Calleja que era inútil seguir conservando la vida de aquel enemigo con esperanzas que no habian de cumplirse nunca, confirmó la sentencia de Bataller, quitando lo de las amputaciones; pero dejando en pié lo del fusilamiento por la espalda.

Vamos ahora á entrar en los detalles mas penosos para nosotros y de los que dispensáramos á nuestros lectores haciéndonos un bien al mismo tiempo, si no fuera por el temor de dejar trunca nuestra Leyenda.

El 21 por la mañana el coronel Concha mandó que al toque de las bandas militares se anunciara á Morelos que iba á dársele lectura de la sentencia definitiva firmada ya por el virrey. Morelos pidió agua para lavarse, suplicó á uno de sus carceleros que le engujara con una tohalla la cara y las manos, pues no podia hacer uso de estas con las esposas, que las ligaban y entonces dijo con voz fresca como cuando se encontraba en su despacho en Cuaufla de Amilpas:

—Puede pasar adelante el Sr. Concha.

Concha entró seguido de numeroso acompañamiento, todos excepto él, se descubrieron, y en seguida dijo imperiosamente á Morelos:

—Señor Cura, póngase usted de rodillas para oír la lectura de su sentencia.

Las cadenas permitieron practicar esta operacion con algunos trabajos al primero y obedeció sin chistar palabra.

Naturalmente una sentencia conteniendo tantos insultos y bravatas y concluyendo con la pena impuesta al reo de ser fusilado, debieron haberle causado honda emocion, porque al fin era hombre de carne y hueso y había dado muestras de poseer delicados sentimientos; pero tenía gran fuerza de voluntad y no dejó que ningún músculo suyo sufriera alteración, oyendo todo aquello con imperturbable recogimiento.

—Ahora puede usted ocupar su banco, señor Cura, le dijo Concha.

Morelos se sentó. Concha prosiguió diciendo:

—Dentro de tercero día será ejecutada esta sentencia y entre tanto se le va á proporcionar á usted papel y pluma para que escriba su retractación como lo hicieron Hidalgo y Matamoros.

—Es inútil, señor Concha, contestó el preso, porque yo no he de hacer ninguna.

—Lo mismo dijeron aquellos y sin embargo la hicieron.

—No es la hora de entrar en disputas porque voy á morir; pero si no fuera eso rechazaría indignado la suposición de que aquellos grandes hombres hayan hecho retractación alguna.

Concha no dijo nada y se salió con todo su acompañamiento, dejando á Morelos entregado á media docena de eclesiásticos con el encargo de oprimirlo y debilitarlo hasta ver si les era posible en el corto tiempo que quedaba, sacarle la apetecida retractación.

Se hizo saber al público lo que había pasado y se

esperaba con sensación que trascurrieran los tres días; pero al siguiente, Concha, obedeciendo órdenes superiores, lo puso en un coche muy de mañana acompañado de un padre Salazar y rodeado de buen número de tropas, lo sacó por el camino de Guadalupe. En el trayecto, cada vez que veía una plazuela, preguntaba Morelos al padre Salazar:

—¿Será aquí?

Al llegar á Guadalupe se detuvo el carruaje cerca del pocito y no obstante los grillos pudo ponerse de rodillas y decir con gran serenidad:

—Al fin, aquí es: vamos á morir.

—Todavía nó, le contestó su acompañante, aquí vamos á desayunarnos.

Le llevaron el desayuno al coche que tomó como si fuera haciendo un camino ordinario, y cuando concluyó, dijo:

—Ahora sí, podemos continuar hasta donde se tenga por conveniente.

En San Cristobal Ecatepec estaba formada la tropa de aquel punto, se detuvo el carruaje, se hizo descender al preso y se le colocó en un cuarto inmediato á la puerta que estaba ocupado con paja, sin mas muebles que una silla, en el edificio conocido con el nombre de palacio que construyó el consulado de México para recibir á los vireyes. Se le arrimó una mesita pequeña y se le sirvió una escasa comida á la que hizo los debidos honores.

—¿Sabe usted á qué ha venido aquí? le preguntó

Concha que lo estaba examinando con cierta sorpresa mezclada de curiosidad.

—No lo sé, pero me lo presumo: á morir.

—Es la verdad: ahora tómese usted el tiempo que necesite.

—Pronto despacho, contestó Morelos imperturbable, solo deseo me permita fumar un puro que siempre acostumbro despues de la comida.

Concha, que era un hombre de piedra, que no conocia la sensibilidad en su corazon, se volvió sin embargo á sus oficiales y les dijo en voz queda:

—¡Qué hombre este!

Cuando Morelos acabó de fumar su puro con toda tranquilidad, le dijo Concha:

—Aquí está el padre por si quiere usted reconciliarse.

Al ver al fraile Salazar contestó con entereza:

—Nunca me ha gustado confesarme con frailes; que venga el cura del pueblo si me hace usted favor.

Se tuvo con él aquella última complacencia, se mandó llamar al vicario y despues que estuvo en el cuarto dijo que cerraran la puerta para rezar con él algunas oraciones, pues consideraba que ya se había confesado mas de lo conveniente.

Oyó tocar las cajas de guerra, y por la ventana vió desfilr las tropas que iban á verificar la ejecucion.

—Ahora sí es un hecho dijo con viveza, mejor que se hayan abreviado á dia y medio los tres dias de le-

targo que se me habian ofrecido..... Gracias, señor Concha, añadió dirigiéndose á este que entraba en ese momento, no sabe usted lo que le agradezco la prontitud..... ahora deme usted un abrazo de despedida si gusta.

Se quitó la capa que llevaba y dándosela al padre Salazar, le dijo:

—Pobre herencia dejo á usted; pero á ella voy á agregar mi reloj que es bueno.

Lo sacó del bolsillo, vió la hora, lo entregó á Salazar y elevando los ojos al cielo, exclamó:

—Señor, si he obrado bien, tú lo sabes; y si mal yo me acojo á tu infinita misericordia.

Se acercó un oficial á venderle los ojos.

—¿Para qué? preguntó, no hay aquí ningun objeto que me distraiga.

—Sin embargo, dijo Concha, es necesario.

—Entonces obedezco, señor coronel.

El mismo sacó su pañuelo, en aquel momento tenia libres las manos de las esposas y solo le habian dejado los grillos en los piés, lo hizo varios dobleces, hizo de modo que dieran vueltas las puntas atándolas de firme sobre los ojos y dijo con el mismo tono con que hubiera hablado para dar una carga.

—Estoy listo.

Salazar lo cogió del brazo, lo sacó fuera del edificio, según las instrucciones de Concha, y lo llevó hácia el muro de la izquierda. Despues de dar unos pasos con mucho trabajo por las cadenas que arrastraba

y porque se le habían atado de nuevo los brazos con portafusiles, preguntó deteniéndose:

—¿Aquí es el lugar?

—Mas adelante, respondió el oficial.

Dió aun otros tres pasos conducido por el sacerdote y oyendo al oficial que hacia una señal con la espada en el suelo, tornó á preguntar:

—¿Aquí he de arrodillarme?

--Aquí, le contestó el sacerdote, es el lugar de su redencion.

Oprimió á este la mano diciéndole quedo, muy quedo á fin de que no se formara escándalo:

—Muero satisfecho porque creo haber cumplido con mi deber. Que otros sean mas felices que yo llevando á término la empresa comenzada.

Y se arrodilló en el lugar que le fué designado, dando la cara al muro del edificio y la espalda al grupo de soldados que iban á verificar la ejecucion, porque el grande héroe tenia que ser fusilado por la espalda como los traidores.

—¡Fuego! dijo el oficial con voz temblorosa.

Sea porque los soldados estuvieran conmovidos ó porque fueran torpes, á pesar de que estaban muy cerca, no lograron matar á Morelos en la primera descarga, el cual cayó al suelo y debatiéndose á la vez que lanzaba un grito doloroso y tremendo, pronunció palabras enérgicas pero ininteligibles entre el ruido que hacian los tambores. Fué necesario una segunda descarga á quema ropa para que se extinguiera en Morelos lo que le quedaba de vida.

Así acabó aquel genio de la guerra, que para esa época y para los elementos de que podía disponer, se tuvo en justicia como á un gran militar, y segun la expresion del historiador Alaman, como el hombre mas extraordinario de aquella revolucion.